

Tolstoy. Parece un perfumista oriental que derrama en la página un extracto concentrado y rico.

Cualquiera, a primera vista, puede negarse, con toda razón, a creer que el novelista ruso haya alcanzado este extremo de cursilería. Y por escasa imaginación que se tenga, puede figurarse, hasta el quidam más quidam, que quien tuviere las cualidades de tales genios máximos—Gogol, Dostoyewsky, Tolstoy—constituiría un caso de asombrosa excepción. Los que hemos descubierto el rasgo caligráfico que revela la falsificación in-noble, tenemos el derecho de pensar que nos hallamos ante quien explota la ingenuidad de los tontos, haciéndoles saber que ha incendiado el mundo sin que este se consumiera, y pretende instaurar su iglesia milagrosa, con sacerdotes, procesiones, tufaradas de incienso y negocio de reliquias. Felizmente no todos son tan cretinos como la *alondra de Sudamérica* se imagina. Y, de acuerdo con el precepto evangélico, algunos medimos con la vara con que se nos mide.—F. ORTÚZAR VIAL.

LA NOVELA DE LOS HOMBRES SIN CLASE

PAZ, la última novela de Ernesto Glaeser, aborda el problema de la burguesía alemana. El problema de la resistencia a la teoría marxista. Pero mejor sería afirmar que es la novela de la desorientación social después de la guerra. En su libro anterior, *Los que teníamos doce años*, había dado ya la imagen del reflejo de la guerra detrás del frente, en las ciudades alejadas del torbellino, en las aldeas silenciosas, en medio de los grupos humanos que no participaron en la lucha, pero que sufrieron con mayor angustia las consecuencias de la catástrofe. Esa novela fué una acusación implacable contra los que manejaban la guerra. Mujeres, ancianos y niños vivieron en la tristeza, en la desorientación, sufriendo atrocidades y miserias, sintiendo desvanecerse, poco a poco, la fe y el ideal.

Paz es el despertar de la idea revolucionaria contra el capitalismo que desencadenó la hecatombe y el regreso de las tropas vencidas y agotadas que invadían las ciudades en busca de la paz material.

Glaeser inicia su relato amargo e irónico en el instante en que los ídolos del pueblo alemán se derrumban. Todos los cálculos de la guerra habían fallado. El pueblo había puesto su fe en el Kaiser y el Kaiser había huído. Había puesto la fe en la justicia de la causa, y detrás de la justicia de la causa se recor-

taba la mueca del negocio... Había creído en la fuerza del Estado, y el Estado había saltado hecho astillas. Había creído en la bondad, y la bondad había muerto. El pueblo creía ver resurgir una nación potente, y en cambio, sólo veían traficantes por todas partes. Mientras los soldados morían por montones, los príncipes del imperio se divertían con las prostitutas a pocas millas de las trincheras. Las fachadas se habían venido a tierra, dejando al desnudo toda la podredumbre del interior. La guerra aparecía llena de heroísmos en el exterior. Se cantaban himnos a los dioses que amparaban a las tropas. Pero todo era falso; todo era dolor y angustia y miseria, voracidad, negocio y cálculo. Los hijos, los esposos, los padres morían en Verdun, en Galitzia y en el Somme. Comerciantes y mujeres soportaban varonilmente la prueba, con lágrimas en los ojos. Pero en cuanto la guerra paralizó los negocios y atentó contra sus beneficios, entonces comenzaron a rebelarse contra la matanza. De Rusia llegaba el ejemplo. Sólo la revolución podía traerles la paz, y para llegar a esa paz era preciso acabar con el capitalismo, único culpable de la guerra. Razonaban con formulas inmediatas. Los pueblos y las aldeas se llenaban de agitadores que predicaban sobre espíritus ya debilitados por cuatro años de rudo batallar. Estaba ya deshecha la idea de que el pueblo alemán tenía una misión universal que cumplir; por eso, cuando los negocios empezaron a flaquear, esos mismos comerciantes que arrojaban flores al paso de los regimientos que marchaban al frente, se pararon a la defensa de esa paz, en la que antes no creían ni querían y comenzaron a gritar que era urgente entregar Alsacia y Lorena.

Envueltos en banderas rojas, los agitadores predicaban la dictadura del proletariado, tal como había sido implantada en Rusia.

Camaradas—grita König, uno de los héroes del libro de Glaeser—.La guerra en los frentes a que nos llevaban forzados está liquidada. Comienza la lucha de clases revolucionarias. Hemos derrocado la guerra, pero esto no basta. Ahora es menester que derroquemos también al causante de la guerra, que es la sociedad capitalista. En todos los rincones de Alemania arde la revolución. El proletariado no soltará las armas de que se adueñó. ¡Queda abierta la dictadura del proletariado! No habrá paz ni habrá orden mientras vivan nuestros antiguos opresores, mientras no acabemos con todos y con todo, como nuestros hermanos de Rusia.

Predicaban la paz por la violencia, arrasando la estructura capitalista del Estado. Para vencer, exclamaban, era preciso emplear toda la furia de una nueva guerra en oposición a los que pedían la paz por medio de un entendimiento mutuo en-

tre soldados y obreros, sin derramamiento de sangre. Pero ¿cuál era la visión, la realidad de los soldados que volvían de la guerra? ¿Qué germen traían en el fondo de sus corazones esos hombres que habían combatido durante cuatro años en medio de espantosas penurias? Nada más que la tranquilidad, el sosiego. Satisfacer el hambre, sentir, en seguida, la impresión del reposo. Estaba concertado el armisticio, nadie sabía en qué condiciones. Lo único que les interesaba era la evidencia de que la guerra había terminado, que no se dispararía ya un solo tiro. Este mismo fenómeno se producía en las ciudades y en las villas al conocerse la noticia del armisticio. Un júbilo frenético sacudía a los comerciantes y a las mujeres. Especialmente a las mujeres que habían vivido cuatro años de dolorosa soledad entre sobresaltos y caídas. ¿Qué podía importarles ahora la revolución? ¿Qué valor tenía la revolución ahora que la paz había sonado? Pasaban de largo por encima de las proclamas revolucionarias pegadas en las esquinas. Nadie se paraba a escuchar a los predicadores de la nueva moral social. En las tabernas en que antes se pronunciaban feroces arengas contra el capitalismo, ahora se bebía, se reía y se cantaba. La conciencia del hogar alemán tradicional reaparecía fuerte en el corazón de todos.

Dondequiera—expresa Glaeser con la ironía del espectador que se burla de las inestables alegorías humanas—que sonaba la palabra «paz» había una mujer sonriente. Una mujer que pensaba en su alcoba. En aquella alcoba faltaba un hombre; un hombre que estaba en Flandes o en los campos de Ucrania, defendiendo con las armas la cultura turca o ayudando a los austriacos; un hombre por el que clamaba un hueco en la cama y en la cama una mujer. La paz ¿Qué era la paz? Era estar allí, estar en casa. Estar en la era, detrás del mostrador, en la mesa a la hora de comer; en la iglesia, a la hora de misa; cuando se va de viaje, cuando se llega, cuando se llama, cuando se está cansado, cuando se despierta, estar en casa y poder decir: vámonos a la cama, y apagar la luz y dar las buenas noches, poseerse, repelerse, amarse, odiarse, pero estar allí juntos: eso era la paz.

Esta era la paz burguesa de la familia con la que soñaban las mujeres y con la que ataban, poco a poco, la voluntad de los hombres cansados y agotados. La paz de los comerciantes era la del negocio ordenado en un ambiente sin sobresaltos; el poder seguir especulando y vendiendo sus mercancías. La paz del soldado era el regreso a la vida sosegada. ¿Por qué continuar luchando por quimeras revolucionarias? Con que hubiera orden bastaba. Ya habían luchado con exceso. Ahora, aunque la paz resultara gravosa, nada les importaba con tal de que el poder estuviera en unas manos capaces de tomarlos en cuenta.

Cuando los soldados regresaron del frente, una locura orgiástica sin igual se desató por las villas y ciudades. Los soldados eran aclamados como héroes y utilizados como hombres en donde se podía, aunque no fuera precisamente en el propio hogar. La idea revolucionaria se vencía y los hombres que habían asumido el gobierno comprendían que la burguesía alemana, aun dentro de la República, podía aprovechar el buen sentido alemán para acabar con la prédica bolchevique. Por otra parte el odio al militarismo que formaba el ambiente casi general, daba a los comités revolucionarios, integrados por marineros rebeldes, un aspecto marcadamente militar, cosa que los agentes del Gobierno aprovecharon para hacer creer que la izquierda no era más que un movimiento reaccionario, compuesto por algunos obreros y militares solapados y peligrosos. Con estos elementos la paz peligraba. Se fijaba la idea de que los «espartaquistas» querían la guerra civil. Es decir, encender de nuevo una guerra que podía ser tan espantosa como la que acababa de terminar. El gobierno prometía a las masas obreras, fatigadas de la guerra, hacer triunfar el socialismo sin guerra civil; por medio de las organizaciones sindicales de que disponía, tenía ganada la confianza de la clase obrera y como todos los partidos burgueses, en sus proclamas, prometían a los trabajadores la libertad sin lucha, ¿para qué esforzarse en conquistar con las armas en la mano lo que se les daba liberalmente como una merced? Pero la clase obrera, si bien no creía en la pureza de intenciones de la burguesía, creía en su miedo y no quería derramamientos de sangre. La violencia tenía aspecto militar; era un resabio del Kaiser. La revolución tenía que brindar al hombre lo contrario de la guerra: paz y fraternidad. Este odio y este terror ante la guerra quitó el impulso revolucionario a las masas guerreras alemanas; tenían el poder en la mano; pero lo que querían era lograr la paz, acabar con la muerte y la destrucción; no ambicionaban destruir el sistema, sino reconciliarse y confraternizar con sus enemigos. Se olvidaron de la lucha de clases y la trocaron por un régimen de humanidad civil. La camaradería de las trincheras aniquiló sus arrestos revolucionarios.

Tal es el proceso que Glaeser analiza en su libro con penetrante lucidez. Al mismo tiempo con una feroz ironía, porque, al fin, la clase intelectual es la clase desorientada, la que no tiene posición, la que no puede estar en ninguno de los frentes sociales en que se dividió, después de la guerra, la estructura de la sociedad alemana. El miedo a la guerra aniquiló al soldado que volvía del frente. Los propios soldados sentían desdén

por la sociedad capitalista. Y, sin embargo, luchaban por ella contra los espartaquistas, para llegar a la democracia. No por amor a la sociedad—como dice un héroe de Glaeser—sino por hábito de lucha, por rutina. Lucharon porque ignoraban lo que los espartaquistas querían. Lucharon, en los días de revolución, ya vueltos del frente, porque sentían la necesidad de dirigir sus armas contra un enemigo, y como los espartaquistas eran los únicos que en Alemania demostraban tener energías en medio del pueblo rebañego, se lanzaron contra ellos. Afianzaron el orden que los mercaderes pedían para sus negocios.

Conclusión áspera y amarga. Pero la clase intelectual, formada por profesores, por escritores, por artistas, por los adolescentes que quedaron sin ir al frente, por los que no pertenecieron en doctrina al estado burgués ni al frente espartaquista, ¿en qué sitio debía recogerse? Eran los que creían en la fuerza del espíritu, en la justicia, en el triunfo de la idea, en la revolución moral. Clase desorientada que nadie tomaba en cuenta y que era sin embargo arrastrada a veces a participar en luchas que le repugnaban.

He aquí que el protagonista que en el libro de Glaeser cuenta esta historia, tal vez el autor, va un día a visitar a un profesor alemán para pedirle que lo ilumine en el terrible desconcierto que lo hace vacilar. Quiere saber a que frente pertenece.

Creo que a ninguno de los dos—me dijo rompiendo el augustioso silencio que llenaba la pieza.

¿A ninguno?—pregunté a voz en grito.

—Sí, a ninguno—repitió el profesor.—Tal es mi opinión.

Nuevo silencio. Al cabo de un rato, el profesor volvió a tomar la palabra: —Nosotros estamos entre las clases, al margen de ellas. Nos pasa algo así como a los judíos que viven al margen de las razas. Hemos querido—prosiguió alzando la voz—formar al hombre moral sobre la base de la cultura burguesa y de pronto esta base se derrumba. Es difícil que vuelva a rehacerse, después de esta guerra en que la burguesía se ha asestado a sí misma el golpe de muerte. Y con ella se vienen a tierra también nuestros ideales. Nosotros no pretendíamos destruir la cultura burguesa llevados de un impulso de odio contra la burguesía, sino que, por el contrario, aspirábamos a formar al hombre conforme a los principios morales de esta misma cultura que la burguesía ciega ha traicionado. Ahora es ya tarde. Nuestro destino es morir con la burguesía agonizante. La historia pasa a manos de una nueva clase a la que nosotros no pertenecemos ni por nuestra educación, ni por nuestra cultura, ni por nuestras ideas. A la vuelta de veinte años, esta clase nueva será la que gobierne la historia.

Y más adelante añadió:

—Lo he observado todo y he meditado y comparado mucho. Y he llegado a la conclusión de que nosotros los intelectuales, que tanto sabemos e indagamos, estamos entre los dos frentes. La historia nos ha escupido. Cuando más nos utiliza como legionarios de una causa ajena. No somos utilizables,

pues todos tenemos características propias y no somos como las piedras, con las que puede levantarse un edificio, iguales las unas a las otras.

—¿Y nosotros los jóvenes?—le pregunté.

—Vosotros también si sois honrados y no dejáis que os utilicen para tapar las brechas del sistema burgués. Pasará mucho tiempo todavía antes de que esta clase se derrumbe. La casa se cubrirá de nuevos revoques y no faltarán los rebeldes que se dejen emplear como cemento. Pero si eres honrado tu vida discurrirá en una triste independencia y soltería entre los dos frentes. Lo verás todo, lo comprenderás todo, sobrevivirás a nuevas guerras y revoluciones y seguirás sintiéndote siempre solo, huérfano de toda sociedad, sin techo, sin patria, sin eco, sin fruto.

—¿De modo que es ese el destino que me aguarda?—le pregunté.

—Sí—dijo el profesor—, me temo que sea ese el destino reservado a los jóvenes de tu generación. *El destino del hombre que carece de clase.*

La novela de Glaeser es una sátira aguda contra la burguesía y los revolucionarios alemanes. Enfoca el problema más formidable de la post guerra y hace un proceso duro, patético, apretado de emoción humana, de la historia de la revolución, de las sangrientas jornadas de los espartaquistas y de la corrupción moral que la guerra dejó como único beneficio a los países de Europa y acaso del mundo.—DOMINGO MELFI.

DIVAGACIONES ALREDEDOR DE LA POESIA

VII.—FORMAS DE LA POESÍA NUEVA.—ULTIMAS CONSIDERACIONES

CON el presente artículo termino estas ya largas divagaciones. A empezarlas me animó únicamente el deseo de exteriorizar las pocas ideas que tengo sobre el tema, tema que me interesa de manera profunda y que en Chile no ha tenido hasta ahora exégeta alguno digno de consideración. No he pretendido hacer en esto cátedra, ni mucho menos; tampoco he querido colocar jalones que guíen el camino de ajenas plantas. No han sido esas mis intenciones y no lo han sido porque, por una parte, no creo haber dicho todo lo que quería decir; algo se ha quedado dentro de los límites de lo inefable, algo que tal vez era lo más importante o lo único que tenía que decir; y, por otra, porque el concepto de la poesía es personalísimo en cada poeta. Esto impide, por lo menos a mí me lo impide, hacer cátedra. Por lo demás, no he terminado definitivamente; en un futuro trabajo intentaré concretar las conclusiones de este incompleto ensayo.